

LOS VALORES DEL HOMBRE REBELDE EN LA PESTE Y SU RAÍZ ESPAÑOLA

Fidel Argenis Flores Quiroz

Mucho se ha escrito acerca de la relación Albert Camus –España, sobre todo la amistad de este con Emmanuel Robles, María Casares y los libertarios españoles que, como hombres rebeldes, fueron capaces de oponerse al régimen franquista y toda la desmoralización e inmunidad que traía consigo. La llamada segunda patria de Camus, que por vía de sus abuelos maternos corría por su sangre, es indiscutiblemente importante para toda la creación novelística, dramática, periodística y ensayística del ganador del Premio Nobel de 1957. Una tierra pasional cuyo corazón palpita con sus ansias de libertad constante, premeditando, siempre rodeada de un Mediterráneo que con su azul profundo forja una raza de fraternidad viril y armoniosa sensibilidad hacia las fuerzas de la naturaleza.

España, con su cultura dorada, con sus Don Juanes, sus Segismundos, sus Inés, sus Quijotes, sus Sanchos, es fuente de inspiración para todo hombre que como Albert Camus, decide transmutar el pensamiento en lucidez, la pobreza en riqueza, el sol y el mar, en una moral de la comprensión consistente en percibir e interpretar que el único orden de mundo es la muerte, pero hay que luchar contra ella en la medida de lo posible y alegrarse de algunas victorias provisionales; una moral que nos enseña a no arrodillarnos ante ningún dogmatismo, ante ningún totalitarismo, ante ningún in-humanismo denigrante y enajenamiento de nuestra condición. Una moral de la comprensión que se compone de valores como la justicia, el honor, la honradez, la fraternidad, la fidelidad, la inocencia, valores todos que Camus retoma de su segunda patria y su admirable Siglo de Oro, porque definitivamente el teatro áureo español es un teatro moral que porta y comporta una savia dramática que expresa pasiones y cualidades propias del hombre. Esta labor es la que el propio Camus busca desarrollar a lo largo de toda su obra, afirmando el orgullo de vivir y la plena humanización de los hombres en medio de un mundo absurdo, ilógico y no racional.

Para muestra recordemos *La vida es Sueño*, de Calderón de la Barca, en esta obra observamos la historia de la humanización de Segismundo que, encerrado en una torre por

su propio padre, gesta en su interior una actitud de resentimiento y cólera para con sus semejantes. El odio que deviene del encierro produce una conciencia aprisionada que frente a los otros es incapaz de sentir simpatía o pasión humana que permita solidarizarse con el mundo. Segismundo es el absoluto individualista que reniega de la vida y del mundo porque su conciencia como su cuerpo, se reducen a su celda, lo que necesariamente implica que su conciencia no le pertenezca, antes bien, pertenece al odio fuera de sí y a una libertad que se idealiza y se ansía para poder someter a sus verdugos. Segismundo es, según lo dicho hasta aquí, un dictador en potencia, un Franco, un Hitler, un hombre que odia a sus semejantes y es capaz de sacrificarles para hacer asequible su idealización. Es así que en la jornada primera lo vemos afirmar lo siguiente:

“[...] Apurar, cielos pretendo,
Ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido,
vuestra justicia y rigor
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido[...]

[...] ¡Qué bien hacéis en quitarme
la libertad!. Porque fuera
contra vosotros gigante
que, para quebrar el sol
esos vidrios y cristales,
sobre cimientos de piedra
pusiera montes de jaspe”¹.

Segismundo se sabe preso por el delito de haber nacido. Ante esta evidencia resiente el estar vivo y vuelca su odio a los otros, su padre, el rey Basilio, quién ha decidido encerrarlo debido a una profecía², de pronto decide liberarlo para corroborar si Segismundo ha cambiado su actitud o no; es justo ahí, en la escena III de la segunda jornada donde Segismundo es tratado como príncipe (lo que realmente es) y afirma su resentimiento con el

¹ De la Barca, Calderón, *La vida es sueño*, Cátedra, México, 1987, pp. 79-87.

² El que Basilio opte por hacer caso a una profecía es en el Siglo de Oro algo criticable, puesto que implica un retroceso a la antigüedad y sus oráculos que no tienen lugar para la patria que se sabe cristiana. No obstante, este hacerle caso a lo no-razona es, a nuestros ojos y bajo una lectura camusiana, muestra de la absurdidad. Cfr. *Mito de Sísifo los muros del absurdo*.

intento fallido de asesinar a sus allegados, lo que le vale el retorno a su encierro y el engaño de su celador Clotaldo que le hace creer que ese lapsus fue en sueño. Finalmente Segismundo cae en cuenta de su condición, es liberado por quienes se anteponen a su padre para que tome su lugar, pero él muda de actitud, se humaniza y perdona a su padre. ¿Cómo ocurre tal hecho? Hay dos etapas en el proceso de humanización de Segismundo, las mismas que señalan algunos valores dentro del Siglo de Oro y que, posteriormente, serán rescatados por Albert Camus en su novela *La Peste*. El primer momento corresponde a la primera jornada y sucede cuando se presenta Rosaura ante Segismundo, quien encerrado y resentido, es escuchado atentamente por otro: más aún, Rosaura simpatiza con el dolor del preso; afirma una empatía con él y se compadece de su dolor y del trato inhumano que ha recibido. Rosaura es el primer motivo de humanización de Segismundo porque le rememora su propio ser y le muestra su amistad así como su solidaridad, generando una empatía que sincroniza sus realidades y armoniza su afectividad. Rosaura es el resquicio de otredad humana que hace de Segimundo un hombre, no una fiera enjaulada en una torre; Rosaura es el motivo que abre humanamente la conciencia de Segismundo para que se piense a sí mismo y a su condición abriendo con ello la posibilidad de conquistarse y, más importante aún, conquistar o hacer suya su conciencia enajenada. El momento cumbre de este periodo ocurre bajo las siguientes palabras de Rosaura:

Segismundo. ¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

Clarín. Di que sí

Rosaura No es si no un triste (¡ay de mi!),
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.

Segismundo Pues la muerte te daré
porque no sepas que sé
que sabes flaquezas mías
sólo porque me has oído,
entre mis membrudos brazos
te tengo de hacer pedazos.

Clarín Yo soy sordo, y no he podido
escucharte.

Rosaura Si has nacido
humano, baste el postrarme
a tus pies para liberarte³.

³ De la Barca, Calderón, *Op. Cit.*, pp. 175-190.

Desde la animalidad de Segismundo, Rosaura clama por su humanidad confirmando los valores que Camus retoma en *La Peste*: simpatía, empatía, sociabilidad y amistad. Es en las charlas, acciones y peripecias contra la peste (que de sobra está decir, el mismo Camus afirmaba en cartas a Roland Barthes, simboliza el nazismo y todo el mal que somete al hombre precisamente para inhumanizarlo) de Rieux y Tarrou, donde observamos estos valores: particularmente, y como sí fuese Segismundo, Rambert es humanizado por Rieux y Tarrou en el siguiente diálogo:

- Lo que me interesa es que se viva y se muera por lo que uno ama.

Rieux había escuchado con atención al periodista. Sin dejar de mirarle dijo suavemente:

- El hombre no es una idea Rambert.

Este salto de la cama, con el rostro inflamado de pasión.

- Es una idea, y una idea mezquina, en cuanto se aparta del amor. Y, precisamente, nosotros no somos capaces de amar. Resignémonos doctor. Aguardemos los acontecimientos y, si verdaderamente no es posible, esperemos la liberación general, sin juzgar al héroe. Por mi parte, no alcanzo más.

Rieux se levantó, con aspecto de repentino cansancio.

- Tiene usted razón, Rambert, toda la razón, y por nada del mundo quisiera yo apartarle de lo que piensa hacer, que me parece justo y bueno. Pero, sin embargo, le diré algo: no se trata de heroísmo en todo esto. Se trata de honradez.

- ¿Qué es la honradez? –dijo Rambert, repentinamente serio.

- No sé lo que es en general. Pero en mi caso sé que consiste en hacer mi oficio.

- Yo –dijo Rambert con rabia- no sé cuál es mi oficio. Acaso me haya equivocado eligiendo el amor.

Rieux le hizo frente.

- No –dijo con fuerza-; no está usted equivocado.

Rambert les miraba pensativamente:

- Yo supongo que ninguno de ustedes dos tiene nada que perder en todo esto. Así resulta más fácil estar del lado bueno.

Rieux vació su vaso.

- Vamos –dijo-, tenemos que hacer.

Salió.

Tarrou le siguió, pero pareció cambiar de opinión en el momento de salir; se volvió al periodista y le dijo:

- ¿Sabe usted que la mujer de Rieux está en un sanatorio a unos cientos de kilómetros de aquí?

Rambert hizo un gesto de sorpresa, pero Tarrou había desaparecido ya.

A primera hora del día siguiente Rambert telefoneaba al doctor:

- ¿Me aceptarían ustedes para trabajar hasta que dé con el medio de abandonar la ciudad?

Hubo un silencio, al otro lado del hilo, y luego:

- Sí, Rambert. Se lo agradezco⁴.

Rambert quedó encerrado en Orán por la peste, anhela a su mujer lejana, apartado por el exilio involuntario que lo lleva a idealizar el amor y renegar de su participación en la lucha contra la peste, Rieux y Tarrou, como Rosaura, se solidarizan con él y terminan por humanizarlo de modo similar que los personajes de *La vida es sueño*: simplemente clamando por su humanidad con empatía, con solidaridad, con amistad.

Otro momento digno de señalarse en la obra de Calderón pertenece a la segunda jornada y tiene lugar cuando en el supuesto sueño Segismundo asesina a sus allegados y cae en cuenta de la vacuidad de la venganza, de la insuficiencia existencial que deviene de cumplir vanos deseos, lo que le lleva a pronunciar los siguientes versos:

Segismundo Supuesto que sueño fue,
 no diré lo que soñé,
 lo que vi, Clotaldo, sí.
 Yo desperté y yo me vi
 (que crueldad tan lisonjera)
 En un lecho que pudiera,
 Con matices y colores,
 Ser el catre de las flores
 Que tejió la primavera.
 Allí mil nobles, rendidos
 a mis pies, nombre me dieron
 de su príncipe, y sirvieron
 galas, joyas y vestidos.
 La calma de mis sentidos,
 tu trocaste en alegría,
 diciendo la dicha mía
 (...)No muy buenas, por traidor,
 con pecho atrevido y fuerte
 dos veces te daba muerte.

Clotaldo ¿Para mí tanto rigor?

Segismundo De todos era señor,
 y de todos me vengaba;
 que fue verdad, creo yo,
 en que todo se acabó,
 y esto no solo se acaba.

Clotaldo Enternecido se ha ido

⁴ Camus, Albert, *Obras Completas tomo I*, Aguilar, México, 1959, pp. 330-331.

el rey de haberle escuchado,
de aquella águila, dormido,
tu sueño imperios han sido,
más en sueños fuera bien
entonces, honrar a quien
te crio en tantos empeños,
Segismundo, que aun en sueños
no se pierde el hacer bien.

[Escena XIX]

Segismundo [...] Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado;
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son⁵.

Su celador Clotaldo le muestra a Segismundo que la dicha de la vida es cosa breve y el príncipe comprende que la vida es sueño. En otras palabras, Segismundo sabe quién es gracias a Rosaura, y ahora, gracias a su supuesto sueño, comprende que este ser pocas veces se allega con plena conciencia de existir; además, participa breve y fugazmente del mundo, nunca recogiendo con plenitud la existencia; esta consciencia de la brevedad de la vida⁶ permite a Segismundo afirmar las palabras que encontrarán eco en Camus y que apreciamos en *La vida es sueño*. “**Aun en sueños, no se pierde hacer el bien.**” Es decir, ante la peste, ante la maldad del mundo, cumplir con nuestro oficio de hombres nos exige el

⁵De la Barca, Calderón, *Op. Cit.*, pp. 147-149.

⁶La brevedad de la vida da título a un tratado de Lucio Anneo Séneca: La relación entre el Siglo de Oro, particularmente de Calderón, y el filósofo estoico, ha sido estudiado por Ángel Briones en su *Ensayo sobre la obra de Calderón*, Atenea, Madrid, 1958.

bien obrar, entendiendo por el mismo, justo lo que hace Clotaldo y Segismundo después de su sueño, luchar contra lo inhumanizante, forjar un comportamiento solidario que permita la comprensión entre los hombres; afirmarse con honor y honradez no engañando a nadie, siendo lo que se es, compadeciendo a los semejantes y rebelándonos ante su sufrimiento. Entendemos que a la toma de conciencia de lo que somos, le sigue la toma de conciencia del mundo y de la brevedad de la vida en el mismo, por tal hecho, al hombre no le queda sino una moral de la comprensión que con ternura y solidaridad, forja la conciencia de los rebeldes, esos que en la peste empujan a Rieux a relatar los sucesos para:

No ser de los que callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar al menos un recuerdo de la injusticia y la violencia que se les había hecho y para decir sencillamente lo que se aprende en las calamidades, a saber: que hay en los hombres cosas más dignas de admiración que de desprecio⁷.

Ahora bien, no solo en *La vida es sueño* observamos esta actitud rebelde camusiana, también en otra par de obras que el pródigo Camus tradujo al francés: *El Caballero de Olmedo* y *La Devoción de la Cruz*

En la *Devoción de la cruz*, también de Calderón de la Barca, somos testigos de una tragicomedia que ya por esta clasificación, tiene rasgos que también encontramos en *La Peste*. Tradicionalmente una tragicomedia se determina porque alguno de sus personajes tiene el deseo de ampliar la perspectiva sobre lo que se llama hado, ello le empuja a encontrarse con la necesidad y así, el espectador presencia la progresiva restricción de la libertad y su consiguiente paso a la catástrofe; de igual forma, la tradición nos enseña que una comedia se manifiesta cuando un personaje quiere ejercer su libertad en un mundo hostil. La diferencia entre una tragedia y una comedia es que en la primera el tiempo es un enemigo destructor, mientras en la segunda el tiempo es amigable y redentor. *La devoción de la cruz* es una tragicomedia porque Eusebio y Julia, personajes principales, se mueven en los parámetros arriba señalados. Eusebio mata a su cuñado, y por ello es empujado a una

⁷ Camus, Albert, *Op. Cit.*, p. 464.

vida de crimen y fuga que él no quiere; mientras que Julia, su amada, decide recluírse en un convento porque no soporta su condición de amante del asesino de su hermano. La obra torna a su punto más dramático cuando Julia va a ser violada en el convento por Eusebio y descubre una cruz como la que su padre, no conocido por él, le heredó; decide así apartarse de su amada, de la vida criminal y huir, mientras Julia decide todo lo contrario; es decir, realizar crímenes. Al final Eusebio muere, Julia entiende que es su hermano y decide tomar nuevamente los hábitos para llevar a cabo una extrema devoción a la Santa Cruz. Como bien podemos observar, tanto Eusebio como Julia son personajes tragicómicos porque en un primer momento a él el tiempo lo asfixia y luego, al final ya no; mientras que a Julia es al revés. Ahora preguntemos ¿Qué tendría que ver esto con Camus? En la novela de *La Peste*, Cottard, un suicida y prófugo de la justicia, pasa por el mismo lapsus que Eusebio y Julia y se yergue como un personaje tragicómico, tanto como el padre Paneloux y su aceptación de la peste como castigo divino primero, y su lucha contra ella después; sin embargo, lo que nos interesa señalar aquí son los valores mostrados por *La devoción de la cruz* y luego señalados en *La peste*; en ese tenor, Eusebio y Julia son precisamente los personajes que reflejan una orfandad y una soledad que promueven una desorientación de identidad que deriva en los caminos que ambos deciden tomar y que los lleva a un cambio de actitud y a afirmar valores como el honor y la inocencia (entendida esta última como el no conocimiento de la propia historia ni de la culpabilidad).

Puesto que ambos personajes en las dos primeras jornadas actúan solitariamente y por su deseo amoroso del uno por el otro, se dejan fluir por la vida liberados de su condición encarnándose en el mundo, palpitando con la tierra y respirando con el mar. En palabras camusinas Eusebio y Julia son inocentes y se casan con en el mundo, tienen sus bodas con el cosmos. En el caso del honor, este toma lugar al tener ya conciencia de sus culpas y corregir sus actitudes. En *La Peste*, vemos el honor y la inocencia en los siguientes momentos:

“Rieux, que notaba bajo los dedos la cara granítica de las rocas, se sintió lleno de una extraña felicidad. Vuelto hacia Tarrou, adivinó sobre el rostro tranquilo y grave de su amigo la misma felicidad que nada olvidaba, ni siquiera el asesinato.

Se desnudaron. Rieux se sumergió primero. Al principio fría, el agua le pareció tibia cuando volvió a la superficie. Al cabo de algunas brazadas sabía ya que el mar, esa noche, estaba tibio [...] Un pesado chapoteó le indicó que Tarrou se había tirado. [...] Durante varios minutos avanzaron con la misma cadencia y el mismo vigor, solitarios, lejos del mundo, libres al fin de la ciudad y de la peste. Rieux se paró el primero y regresaron lentamente, salvo en un momento en que entraron en una corriente helada. Sin decir nada aceleraron los dos su movimiento, fustigados por la sorpresa del mar.[...] tenían el corazón al unísono y el recuerdo de esa noche les resultaba dulce. [...] Rieux sabía que Tarrou se decía, como él, que la enfermedad acababa de olvidarles”⁸.

Reux y Tarrou se alejan de la peste y son inocentes pero honorablemente saben que, como Sísifo al final o al pie de la montaña, habrá que recomenzar.

En el caso del *Caballero de Olmedo* de Lope de Vega, el amor como humana enfermedad y el donjuanismo de Don Alonso hacia Doña Inés, así como la lealtad y fraternidad de Tello y Doña Leonor, son muestra precisa de la presencia de esos valores en la obra de Albert Camus que en *La Peste* se manifiestan en Rieux, Tarrou, Rambert y Grand, todos personajes rebeldes que combaten el mal que atosiga a sus semejantes. De esta manera, en Calderón y Lope de Vega, tanto en *La vida es sueño* como en *La devoción de la cruz*, así como en *El Caballero de Olmedo*, la fraternidad, la simpatía, la empatía, la honradez, la amistad, el amor y la inocencia se presentan como característicos del drama y de algunos personajes; en Camus, lector del Siglo de Oro, estos valores fundamentan el actuar de los hombres rebeldes que le hacen frente a la peste, forjando una moral de la comprensión que con la propia carne y la sangre de los hombres, defiende la libertad ardiente que sentimental y espiritualmente nos hermana como especie.

Camus, el eterno combatiente, el lúcido periodista que quiere recuperar el mundo y su sensualidad, el ensayista y dramaturgo que busca la dignidad humana y el sentido de la vida en el devenir de un mundo absurdo, sin Dios, sin absolutos, encuentra en el Siglo de Oro

⁸ Camus, Albert, *Op. Cit.*, pp. 416-417.

los valores humanos que enaltecen la existencia y la creación, aviniendo lo mejor que hay en el hombre en una eterna lucha contra la inhumanización, la vileza y todo comportamiento que siembre la peste, la pulsión de muerte. Es el Siglo de Oro fuente de inspiración pero, ante todo, símbolo de libertad y humanismo que fragua un orgullo por vivir acompasado con una fidelidad al mundo y su eterno transcurrir. España y el Siglo de Oro, España y sus libertarios, España y sus versos, son también fuente de la cual emana la rebelión, ese brillo entre la oscuridad que entiende y comprende que el dolor del mundo no puede ser erradicado pero si disminuido, generando pequeñas alegrías que bien podríamos llamar victorias breves sobre el mal del mundo. Una rebelión que exige dignidad y justicia, y que no solapa ningún sufrimiento, ningún ideal abstracto que oprima el aquí y el ahora. Una rebelión cuyos valores fundamentan una moral de la comprensión y que, como hemos tratado de mostrar, están en el Siglo de Oro y en las más arraigadas convicciones del Premio Nobel de 1957.

BIBLIOGRAFÍA

- Camus, Albert, *Obras completas*, dos tomos, Aguilar, México, 1959.
- _____, *La Peste*, Gallimard, París, 2013.
- _____, *Escritos Libertarios*, Tusquets, Barcelona, 2014.
- De la Barca, Calderón, *La vida es sueño*, Cátedra, México, 1987.
- _____, *La devoción de la Cruz*, Cátedra, México, 1999.
- De Vega, Lope, *El caballero de Olmedo*, La muralla, Madrid, 1969.
- Revista Anthropos*, Barcelona, no. 199, abril-junio, 2003.